

Los nuevos profesionales

25 de agosto de 2527

Hace mucho tiempo que no reflejo nada en el diario, pero hoy es un día especial, vale la pena volver a coger el lápiz. Hoy se cumplen 500 años desde el día del Juicio Final, y la ciudad aparece engalanada para celebrar la resurrección. Todos están en la calle, riendo y cantando.

Durante mucho tiempo, fue una fecha marcada por el dolor, pero en la generación de nuestros abuelos decidieron que ya estaba bien de lágrimas. La humanidad se había sobrevivido a sí misma, y eso bien merecía una fiesta. Las antorchas están preparadas para iluminar la noche y en cada plaza hay un estrado para que el responsable de distrito demos el discurso de gracias.

En el mío, he pensado hacer una cosa diferente. Sentaré a los niños a mí alrededor y les contaré la pequeña historia de nuestra ciudad. Más o menos, les contaré esto:

“Hola, pequeños. Hoy es un día de fiesta, y todos sabéis lo que celebramos. Celebramos el cumpleaños de la humanidad, nuestra vida. Hace medio milenio, el hombre estuvo a punto de desaparecer de la faz de la tierra, por su propia culpa. Una maldita guerra destruyó la práctica totalidad del mundo civilizado. Los pocos supervivientes del holocausto fueron diezmados en los años siguientes por las enfermedades, y por la propia violencia humana, que parecía no haber tenido bastante.

Por fortuna, los fundadores de ésta ciudad, eran personas con la cabeza fría y el corazón caliente. Ellos supieron preparar un refugio desde donde defenderse del caos de fuera y desde donde también recuperar en la medida de lo posible nuestra civilización. Mientras en otras zonas del planeta la humanidad volvía a la edad de piedra, nosotros hicimos acopio de cuantos **libros pudimos, protegimos a los profesionales que pudieran aportar algo**, y les incentivamos para que **comunicaran sus saberes**. Por eso tenemos médicos, ingenieros, por eso tenemos escuelas y un gran hospital. Y por eso tenemos luz eléctrica desde hace trescientos años, cuando nos fue posible reparar la central.

Aun así, sin ser capaces de recuperar al cien por cien la calidad de vida anterior, mal del todo no nos fue. Hemos sido capaces de elaborar muchas medicinas, aunque otras más complejas no, hemos podido hacer papel y crear libros, aunque no pasamos jamás del transistor a válvulas. Hoy nuestros científicos están logrando volver a emitir imágenes. Podréis ser, queridos niños, los primeros seres humanos desde hace medio milenio que veáis la televisión”.

Creo que les gustará. Muchas de las cosas que les voy a contar, seguro que ya lo saben. Y de las que me voy a callar, seguro que también van servidos. Pero a los más pequeños seguro que les pillaré de sorpresa.

He estado tentado de contarles cosas que no eran suaves, pero, que narices, son niños, a fin de cuentas. No estoy escribiendo un libro de historia, no tengo porque contar toda la verdad, sobre todo si la verdad resulta en algunos puntos desagradable.

26 de agosto de 2527

Sequía o riada. Tras mucho tiempo sin escribir, algo me empuja ahora a desahogarme. Y es que los niños eran muy preguntones. Sin cesar, lo que ya sabían algunos, aparecía en la noche, salpicando de sangre lo que iba a ser un paseo por un prado de flores blancas. Y lo que no sabían, lo imaginaban. Lo malo es que lo imaginaban demasiado bien, con todo lujo de detalles no demasiado aptos para su edad.

El Jefe-Alcalde, visto el éxito de ayer, al recibir las felicitaciones de los padres de los niños que acudieron, me ha pedido que organice unas charlas de historia para los niños, y no sólo para los de mi distrito, sino para que se den de forma rotatoria por todas las escuelas de la ciudad. Eso me vuelve a colocar ante la duda de qué contar, si la versión edulcorada, o una con más completitud que no resulte tan ligera.

Nuestros primeros momentos los omitiré, por consejo del Jefe. Los supervivientes olvidaron sus pequeños problemas, como que la batería de su móvil no durara hasta la noche, o que a las siete y media siempre hubiera un atasco en la entrada de la ciudad; ahora les preocupaban cosas más nimias, como conseguir agua potable, alimentos o refugio.

Poco a poco aquellos bienes que se habían ido salvando del desastre fueron convirtiéndose en montañas de óxido, inútiles **por falta de recambios, de mano de obra especializada** o energía con que alimentarlos. Con el tiempo, aprendimos a recrear algunos, aunque muy limitados por las circunstancias.

La gente fue abandonando sus profesiones o, con suerte, tomando solo sus **competencias más elementales**. Un neurólogo pasaba a tratar enfermedades comunes, diarreas... un paisajista creaba huertos...

Lo que no podré obviar es el principal asunto espinoso: los vecinos. Más allá de los primeros años, cuando tuvimos que defendernos de las bandas de delincuentes que buscaban comida y mujeres. Duró poco, no solo conseguimos reunir un buen arsenal, sino que aprendimos a hacer munición. En el momento en el que ellos no tuvieron otras armas más que cuchillos y palos, nuestras viejas pero aún útiles armas de fuego, no tuvieron enemigo posible. Quizá a tantos años desde entonces pueda hacerse alguna **objeción moral**, pero lo cierto es que organizar **batidas** para acabar con ellos parece lo único razonable que en ese momento se podía hacer para preservar la paz.

Tras una década de paz forzosa, donde nuestra pólvora había provocado el silencio de toda posible agresión, empezamos a mandar a exploradores, en busca de otras ciudades, tuvieran un mayor, igual o menor nivel de, llamémoslo civilización, que la nuestra. Pero nada, o casi nada. Nuestros exploradores no han visto más que caos y destrucción. Las grandes ciudades fueron arrasadas hasta los cimientos por la guerra, y el resto no soportó la posguerra. Unos pocos nómadas fueron llegando y, aquellos que venían en son de paz, eran acogidos como hermanos por nosotros. De aquí y de allá, usando restos de otras ciudades y pueblos al principio, y luego con materiales producidos por nosotros, nuestra ciudad pasó a tener las

dimensiones de una megalópolis, del estilo de las que empezaban a poblar la tierra antes del día del Juicio Final. Una gran ciudad donde usamos tecnología punta... de hace cinco o seis siglos, pero nos consolamos viendo las condiciones en las que los nómadas llegaban.

Alguno de ellos, que venía andando desde Europa central, contaba que había visto algún núcleo poblacional que parecía vivir a camino entre la agricultura primaria y el nomadismo ocasional. Nadie con nuestro nivel de vida y tecnología. Y sin embargo...

Y sin embargo éramos conscientes de que no estábamos solos. Más aún: había seres humanos con un desarrollo tecnológico superior al nuestro. Desde el principio, primero ocasionalmente, y luego con una frecuencia que fue creciendo hasta hacerse habituales los avistamientos en cada cambio de estación, aparecían en el cielo aviones.

Nunca nos sorprendió. Si nosotros hicimos lo que hicimos simplemente con ruinas, seres humanos de regiones menos devastadas que la nuestra, con acceso a antiguos aeropuertos o a industrias aeronáuticas, con depósitos de combustible, era totalmente viable que siguieran poseyendo el aire, surcando el cielo en esos pájaros de hierro que nosotros, salvo esos avistamientos, sólo conocíamos de viejos libros y láminas que en su momento nuestros antepasados saquearon de bibliotecas públicas destinadas a ser pasto de las llamas o de la carcoma.

Hacía un par de siglos que esos aviones cada vez se fueron pareciendo menos a lo que nosotros conocíamos como tales. Y eso también era lógico: mientras nosotros teníamos que volver atrás y **reinventar buena parte de nuestra industria**, del desarrollo químico que nos proporciona medicamentos e insecticidas, por ejemplo, si otra sociedad logró atesorar su saber, tan sólo había tenido que dejarse llevar, que seguir con las investigaciones y descubrimientos al ritmo normal en el ser humano, en los siglos XX y XXI: endiablado. Nosotros hemos tenido que reinventar los antibióticos y la emisión de imágenes. Ellos tenían un campo libre por delante.

No podíamos precisar dónde ni cuándo estaban. Los núcleos poblacionales eran pocos y estaban dispersos, y ellos estarían escondidísimos. De los 750 millones de habitantes que tenía Europa en el momento del colapso mundial, nuestros cálculos dicen que quedaron dos, más de la mitad de ellos en la península ibérica, una de las zonas menos afectadas del planeta. De los 8.000 millones que el globo terrestre albergaba, quedarían poco más de 200 millones... y prácticamente sin conocer la existencia de los demás. Las redes de comunicación retrocedieron a la edad de piedra. Tan solo con alguno de los pocos caballos que quedaban se podía evitar el ir andando en la mayor parte del globo terráqueo. El teléfono, internet... eran recuerdos nebulosos que las noches frías se contaban a los niños en torno a la hoguera.

30 de septiembre de 2527

Las clases van a empezar pronto. El consejo ha aprobado el texto que les presenté y, es un honor saber que va a ser impreso y distribuido en colegios y bibliotecas.

Tan sólo hay algo que, no es que me sorprenda, pero si me deja un sabor amargo. La censura a los capítulos dedicados a la reconquista del entorno.

En poco tiempo **el conocimiento se confinó en los libros y en la transmisión de padres a hijos**. La vida civilizada dio marcha atrás al reloj y se situó mucho antes de la Edad Media.

Volver a empezar fue una cosa muy difícil. Los escritos que se conservan de la época, los diarios, dejan poco a la imaginación. Sufrimos una gran mortandad en los primeros momentos, tanto por las secuelas de la guerra, como por el hambre y la violencia que se desencadenaron después. Nuestros abuelos tuvieron que elegir luchar o escapar de los bárbaros. Y lucharon. Y ganaron. Aunque eso implicó apagar voces interiores que pedían tratar con humanidad a los que desertaban de sus filas. Fue una situación límite y al límite se desarrolló todo. Eso si, tras unos años de limpieza del entorno, todo fue paz. Es lógico: los pocos seres humanos que nos encontrábamos eran pastores que se aislaron en la montaña escapando de los bárbaros, o nómadas que salían del frío de Europa buscando las costas. Costas, hay que decirlo, vacías. Nuestros exploradores han recorrido las costas de Europa, desde Holanda a Grecia, pisando todas las playas, y han vuelto de vacío, exceptuando baratijas, recuerdos de bibliotecas, y alguna cosa que hoy embellece nuestros museos, como cuadros de Van Gog, Leonardo, Velazquez, Tiziano o Goya. No hay remordimiento en ello. No estábamos saqueando el arte de otros países. Esos países ya no existían, estábamos salvando el pasado de la humanidad.

Hasta discos recuperamos. Curiosamente los discos de pizarra, de los primeros momentos de la edición de música, han soportado el paso del tiempo muchísimo mejor que otros formatos posteriores, que virtualmente se destruían. Precisamente en éstos momentos estoy escuchando una joya en un gramófono de nueva factura. El "I walk the line" de Johnny Cash suena magnífico en éste disco de 78rpm etiquetado como SUN #241

Debatamos sobre...

¿Qué competencias pueden verse?

¿Qué roles aparecen o se transforman en ese momento?

Sobre las comunicaciones, el rol de las TIC en nuestra sociedad... lo que fue y lo que será